



Escuchamos y hablamos con el Señor

19 junio

*Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.*

*Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí,
y en todas tus criaturas.*

*No deseo nada más, Padre.
Te confío mi alma,
te la doy con todo el amor
de que soy capaz,
porque te amo.*

*Y necesito darme,
ponerme en tus manos sin medida,
con una infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.*

(Carlos de Foucault)

¿Reconozco en mi esta suplica?
... me pongo en tus manos...
... lo acepto todo con tal que tu voluntad se cumpla en
mi...
... te doy mi alma porque te amo...
... si eres mi Padre ¿cómo no darme?...

No tengas miedo ser santo

No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad. Esto se refleja en santa Josefina Bakhita, quien fue «secuestrada y vendida como esclava a la tierna edad de siete años, sufrió mucho en manos de amos crueles. Pero llegó a comprender la profunda verdad de que Dios, y no el hombre, es el verdadero Señor de todo ser humano, de toda vida humana. Esta experiencia se transformó en una fuente de gran sabiduría para esta humilde hija de África». (32)¹

No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos». (34)

¿Tengo miedo a ser santo?

¿Reconozco que depender de Dios me libra de mis esclavitudes?

¿Comprendo y de alguna forma vivo la experiencia de Josefina Bakhita?

Cuando hablamos de “gracia” hablamos de la inmerecida actuación de Dios en nosotros. y así ¿comprendo la frase de Leon Bloy?

Dos enemigos de la santidad

1.- Saber de Dios, sin prójimo (cfr 36 a 46)

Una fe encerrada en algunos conocimientos y experiencias interiores de consuelo pero no le preocupa la caridad. (cfr 36s)

Quienes vivan así la fe pueden hablar mucho de Dios pero no amarán al prójimo. Tendrán mucho interés en algunas experiencias y prácticas religiosas que utilizan para su consuelo pero no tendrán un real y verdadero buen corazón con las personas débiles. (40s)

¹ Los números son de la Exhortación le Papa que estamos meditando

Hemos de reconocer que el cristiano “aprende para vivir” (cf 45s), es decir sabe de Dios para vivir como “hijo del Padre”, para vivir la misericordia de Dios.

¿Cómo está mi relación con Dios y mi relación con el prójimo (cercano o lejano)?

¿Mi relación con Dios me lleva al prójimo, del mismo modo que Jesús se cercaba a la gente?

¿Mi relación con el prójimo, (con toda gente) me lleva a Dios?

2.- Pensar que todo lo puedo sin la misericordia de Dios en mí (cf 47 a 59)

Estos que confían solo en ellos mismos hablan de Dios y su gracia con discursos edulcorados pero en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o preceptos...

La falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide la actuación de Dios en nosotros.

La actuación de Dios en nosotros precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace “superhombres” de golpe.

Si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don.

Dios, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva.

La santidad es nosotros es un camino en medio de nuestra debilidad.

Dios nos va lentamente transformando si le vamos acogiendo.

¿Reconozco mis límites (mi realidad concreta y limitada) en el seguimiento de Jesús?

¿Capto los pasos a andar que el Señor me pide?

¿Acepto que el camino cristiano es un camino lento de transformación?

Experimento que el Señor me va transformando?

Un “rostro” que se refleja n muchos rostros

Es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, (fe, esperanza y caridad) que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad. San Pablo dice que lo que cuenta de verdad es «la fe que actúa por el amor» (Ga 5,6). Estamos llamados a cuidar atentamente la caridad: «El que ama ha cumplido el resto de la ley [...] por eso la plenitud de la ley es el amor» (Rm 13,8.10). «Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14). (60)

Dicho con otras palabras: en medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. En efecto, el Señor, al final de los tiempos, plasmará su obra de arte con el desecho de esta humanidad vulnerable. Pues, «¿qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen». (61)

Jesús nos entrega el rostro del Padre que se refleja también en el rostro de los otros ¿capto así a Dios?

Súplica

Señor, al terminar esta oración te pido por la Iglesia que la formamos nosotros con tu Espíritu.

Haz, Señor, que desde la santidad a la que me llamas haga/hagamos un mundo de amor, justicia y paz.